



JENNY HAN



Siempre
nos
quedará
el verano



CROSS
BOOKS

JENNY HAN

*Siempre
nos
quedará
el verano*

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *We'll Always Have Summer*
© del texto: Jenny Han, 2011
© de la traducción: Marta Becerril Albornà, 2012
© Editorial Planeta S. A., 2013, 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2013
Primera edición en esta presentación: mayo de 2019
ISBN: 978-84-08-20855-6
Depósito legal: B. 6.696-2019
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo uno

Cuando llega la semana de los exámenes finales y llevas estudiando cinco horas seguidas, necesitas tres cosas para superar la noche: tomarte el granizado de cola de cereza más grande que puedas encontrar; ponerte esos pantalones de pijama lavados tantas veces que han quedado finos como un pañuelo de papel, y, por último, hacer pausas para bailar. Montones de pausas para bailar. Cuando se te empiezan a cerrar los ojos y sólo puedes pensar en irte a la cama, haz una pausa para bailar y conseguirás seguir adelante.

Eran las cuatro de la madrugada y estaba estudiando para mi último examen final de primer curso en la Universidad de Finch. Había acampado en la biblioteca de mi residencia con mi nueva mejor amiga, Anika Johnson, y mi vieja mejor amiga, Taylor Jewel. Las vacaciones de verano estaban tan cerca que casi podía saborearlas. Sólo cinco días más. Llevaba contando los días desde el mes de abril.

—¡Pregunta! —ordenó Taylor con voz ronca.

Abrí la libreta por una página al azar

—Define y compara *Anima* y *Animus*.

Taylor se mordisqueó el labio inferior.

—Dame una pista.

—Mmm... Piensa en latín —sugerí.

—¡No he estudiado latín! ¿Habrás preguntas de latín en el examen?

—No, sólo intentaba darte una pista. Porque en latín, los nombres de chico terminan en *-us* y los de chica en *-a*, y *Anima* es el arquetipo femenino y *Animus* el arquetipo masculino. ¿Lo pillas?

Soltó un gran suspiro.

—No. Voy a suspender.

Levantando la vista de sus apuntes, Anika comentó:

—Quizá si dejases de enviar mensajes con el móvil y empezases a estudiar, no suspenderías.

Taylor la fulminó con la mirada.

—Estoy ayudando a mi hermana mayor a planear nuestro *brunch* de fin de curso, por eso esta noche tengo que estar de guardia.

—¿De guardia? —Anika parecía divertida—. ¿Como los médicos?

—Sí, exactamente igual que un médico —espetó Taylor.

—Y bien, ¿qué serán, tortitas o gofres?

—Torrijas, si tanto te interesa.

Estábamos en la clase de psicología de primero y Taylor y yo nos examinaríamos al día siguiente, mientras que Anika lo haría un día más tarde. Anika era mi mejor amiga en la facultad, aparte de Taylor. Sabiendo lo competitiva que era Taylor por naturaleza, estaba más que celosa de nuestra amistad, aunque no lo admitiría ni en un millón de años.

Mi amistad con Anika era distinta de la que tenía con Taylor. Anika era tranquila y relajada y era fácil estar con ella. No te juzgaba. Más que nada, te dejaba espacio para ser diferente. No me conocía de toda la vida, así que no tenía expectativas ni ideas preconcebidas sobre mí. Eso me daba libertad. Y no se parecía a ninguna de mis amigas anteriores. Era de Nueva York, su padre era músico de jazz y su madre, escritora.

Un par de horas más tarde, el sol empezó a inundar la habitación de una luz azulada. A Taylor le colgaba la cabeza entre los hombros, mientras que Anika tenía la mirada perdida como un zombi.

Arrugué dos bolitas de papel y las arrojé a mis dos amigas.

—Pausa de baile —voceé a la vez que presionaba el *play* en mi ordenador y me removía en la silla.

Anika me lanzó una mirada asesina.

—¿Por qué estás tan contenta?

—Porque en sólo unas horas todo habrá acabado —respondí dando una palmada.

No tenía el examen hasta la una y mi plan consistía en volver a mi habitación, dormir un par de horas y levantarme con tiempo de sobra para estudiar un poco más.

Me quedé dormida, pero incluso así me las arreglé para estudiar una hora más. No tuve tiempo de ir al comedor a desayunar, así que sólo bebí una cola de la máquina expendedora.

El examen fue tan difícil como cabía esperar, pero estaba bastante segura de que al menos conseguiría un nota-

ble. Taylor también creía que no suspendería, menos mal. Las dos estábamos demasiado cansadas para celebrarlo, así que chocamos los cinco y nos fuimos cada una por su lado.

Volví a mi habitación dispuesta a perder el conocimiento al menos hasta la hora de la cena, y cuando abrí la puerta, ahí estaba Jeremiah, dormido en mi cama. Cuando dormía parecía un niño pequeño, incluso aunque llevara barba de tres días. Estaba tendido sobre mi colcha, con los pies colgando por el borde y mi oso polar de peluche abrazado contra el pecho.

Me quité los zapatos y me arrastré hasta él. Se movió, abrió los ojos y dijo:

—Hola.

—Hola —respondí.

—¿Cómo ha ido?

—Bastante bien.

—Genial.

Soltó a *Junior Mint* y me abrazó.

—Te he traído la mitad de mi bocadillo del almuerzo.

—Eres un sol —respondí, escondiendo la cara en su pecho.

Me besó el pelo.

—No permitiré que mi chica se salte las comidas a lo loco.

—Sólo el desayuno —aduje, y después de pensarlo un momento, añadí—: Y la comida.

—¿Quieres comértelo ahora? Está en mi mochila.

Lo consideré; estaba hambrienta, pero también cansada.

—Quizá más tarde —contesté cerrando los ojos.

Entonces se volvió a dormir y yo con él. Al despertar,

había oscurecido, *Junior Mint* estaba en el suelo y Jeremiah me había rodeado con los brazos. Él aún dormía.

Habíamos empezado a salir justo antes del inicio de mi último año de instituto, aunque «salir» no parecía la palabra más adecuada. Simplemente habíamos acabado juntos. Sucedió tan de prisa y con tanta facilidad que me parecía que siempre había sido así. Un momento éramos amigos, al siguiente nos estábamos besando y antes de darme cuenta ya me estaba matriculando en la misma universidad que él. Me convencí a mí misma y a todos los demás (él incluido y especialmente mi madre) de que se trataba de una buena universidad, que encima estaba a pocas horas de distancia de casa. Todo era cierto. Pero la verdad era que deseaba estar junto a él. Quería tenerlo conmigo todas las estaciones, no solamente durante el verano.

Y aquí estábamos, tumbados uno al lado del otro en mi habitación de la residencia. Él era un estudiante de segundo año y yo estaba terminando el primer curso. Era de locos pensar lo lejos que habíamos llegado. Nos conocíamos de toda la vida y, por un lado, todo aquello me parecía sorprendente, aunque por otro, también lo sentía como algo que siempre supe que sucedería.

Capítulo dos

La hermandad de Jeremiah había organizado una fiesta de fin de curso. En menos de una semana volveríamos a casa para disfrutar de las vacaciones y no regresaríamos a Finch hasta finales de agosto. El verano siempre había sido mi estación favorita, pero ahora que por fin volvía a casa la sensación era agridulce. Me había acostumbrado a ver a Jeremiah cada mañana en el comedor para desayunar y a hacer la colada con él en la casa de la hermandad por la noche. Se le daba bien doblar mis camisetas.

Ese verano volvería a pasarlo haciendo prácticas en la empresa de su padre y yo iba a trabajar de camarera en un restaurante familiar llamado Behrs, igual que el verano anterior. El plan era encontrarnos en la casa de Cousins tan a menudo como fuese posible. El verano anterior no lo habíamos conseguido ni una sola vez, los dos habíamos estado demasiado ocupados con nuestros respectivos trabajos. Yo había aceptado todos los turnos que me ofrecieron para ahorrar para la universidad y sentí un vacío en mi interior al saber que pasaría mi primer verano lejos de Cousins.

Aparecieron algunas luciérnagas. Empezaba a oscurecer y no hacía demasiado calor. Llevaba zapatos de tacón, lo que resultó ser una mala idea, dado que en un gesto impulsivo de última hora había decidido andar en vez de tomar el autobús. Supuse que sería la última vez en una buena temporada que cruzaría el campus en una noche tan bonita.

Había invitado a Anika y a nuestra amiga Shay a acompañarme, pero Anika tenía una fiesta con su grupo de danza y Shay ya había terminado los exámenes y se había marchado volando a casa, a Texas. La hermandad de Taylor celebraba un cóctel, así que ella tampoco iba a venir. Sólo quedábamos mis doloridos pies y yo.

Le envié un mensaje a Jeremiah para decirle que estaba de camino y que iba a pie, de modo que llegaría un poco tarde. Tenía que detenerme a menudo para ponerme bien los zapatos, que no paraban de clavárseme en los talones. Definitivamente, los tacones eran una estupidez.

A mitad de camino me lo encontré sentado en mi banco preferido. Al verme se puso de pie.

—¡Sorpresa!

—No hacía falta que vinieses a buscarme —dije yo, feliz de que lo hubiese hecho. Me senté en el banco.

—Estás guapísima.

Incluso ahora, después de dos años juntos, todavía me sonrojaba un poco cuando decía cosas así.

—Gracias —le contesté. Llevaba un vestido de tirantes que me había prestado Anika. Era blanco, con diminutas flores azules y volantes.

—Me recuerda a *Sonrisas y lágrimas*, pero en plan sexy.

—Gracias —repetí. ¿El vestido hacía que me pareciese

a *Fräulein* María? No sonaba muy bien. Alisé un poco los volantes del vestido.

Un par de chicos a los que no conocía se detuvieron para saludar a Jeremiah, pero yo me quedé en el banco descansando los pies.

Cuando se marcharon, me preguntó:

—¿Lista?

Solté un gruñido.

—Mis pies me están matando. Los zapatos de tacón son una estupidez.

Jeremiah se agachó y dijo:

—Súbete, nena.

Riendo como una boba, me subí a su espalda. Siempre reía cuando me llamaba «nena». No podía evitarlo, Jeremiah era muy gracioso.

Me levantó y le rodeé el cuello con los brazos.

—¿El lunes viene tu padre? —me preguntó mientras cruzábamos el césped.

—Sí. Nos ayudarás, ¿no?

—¡Anda ya! Además de remolcarte por medio campus, ¿también tengo que ayudarte con la mudanza?

Le di una palmada en la cabeza que consiguió eludir.

—Vale, vale —concedió.

Le hice una pedorreta en el cuello y soltó un aullido de niño pequeño. No dejé de reírme en todo el trayecto.